

# EL PÁJARO QUE RECORDÓ

Por *Marcos James*

LLOVÍA torrencialmente. Relámpagos enceguecedores tajaban las espesas nubes tormentosas como una espada flamígera. Roberto estaba en el porche de atrás esperando que la tormenta amainara.

-Cambia la expresión de tu rostro, hijo -dijo la madre parándose junto a Roberto-. A tus pollitos no les pasará nada.

-¿De veras que así te parece, mamá? Tendría que ir a verlos.

Y Roberto se apartó de su madre para mirar de nuevo el cielo oscuro.

-Roberto, aquí está el impermeable largo de papá, pónitelo y anda a ver tus pollos. Yo sé que estás preocupado.

Y al decirlo, la madre le ayudó a ponerse el impermeable.

-Anda- continuó la madre y procura no mojarte demasiado. Tú sabes que te resfrías con mucha facilidad. Cúbrete bien con el impermeable.

-Sí, mamá -prometió Roberto y echó a correr. Cuando llegó al gallinero, Roberto encontró a los pollitos muy tranquilos, piando y comiendo. Aparentemente no se habían dado cuenta de lo que ocurría afuera.

Ya que los pollos y la madre estaban bien, Roberto decidió regresar a la casa. Casi había llegado al portón del patio del gallinero cuando oyó un aleteo a sus espaldas. Se dio vuelta y vio un cuervo que luchaba tratando de volar. No podía mover una de las alas. Por lo tanto le era imposible levantar vuelo. Roberto quiso tomarlo pero el cuervo se alejó saltando. Con todo, al fin logró arrinconarlo y lo tomó. Levantándolo cuidadosamente notó que en realidad tenía un ala rota.

"No tengas miedo -dijo Roberto acariciando al cuervo que estaba todo embarrado, y trató de tranquilizarlo hablándole en tono suave-. No te haré daño. Cuidaré de ti". Y tomándolo con ambas manos, regresó a la casa.

-¿Qué traes ahí? -le preguntó la madre, que lo estaba esperando cuando el muchacho entró en el porche-. ¿De dónde sacaste ese cuervo?

-Lo encontré en el patio del gallinero. Está lastimado. Espero ayudarle a sanar.

-Voy en busca de la jaula grande que usábamos para los canarios -dijo la madre entrando a la casa. A los pocos instantes regresó con la misma. Roberto colocó el cuervo en la jaula y luego fue en busca de agua y comida para alimentarlo.

Día tras día Roberto lo cuidó. No pasó mucho tiempo hasta que el cuervo lo aceptó como amigo.

Roberto le puso por nombre Negrito. Como una semana más tarde Negrito parecía sentirse mucho mejor. Hasta se subía a la hamaca de la jaula y a veces aun graznaba cuando veía que Roberto se acercaba.

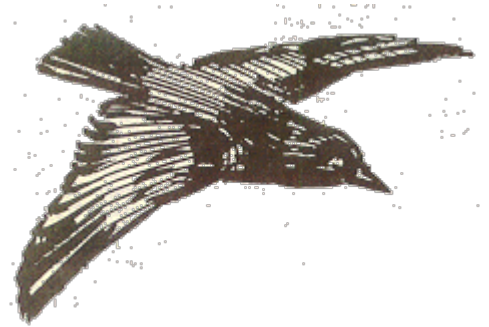
A las dos semanas ya comía de la mano de Roberto. Lo esperaba, y cuando el muchacho entraba en la habitación, el cuervo saltaba a la hamaca de la jaula. Y graznaba con todas sus fuerzas.

Al mes ya tenía el ala sana. Para entonces, cuando Roberto dejaba abierta la puerta de la jaula, el cuervo salía volando de ella, se posaba sobre el hombro del muchacho y comía cualquier cosa que éste le ofrecía. Roberto se dio cuenta de que pronto tendría que devolverle la libertad a su amigo. No sería justo mantenerlo cautivo. Debía dejarlo en libertad para que regresara a vivir en su ambiente natural.

Una mañana Roberto permitió que Negrito se le posara sobre el hombro, y luego salió a caminar con él a la luz de un sol brillante hacia la pradera que quedaba detrás del galpón. Negrito miró primero en una dirección y luego en otra, graznó y picoteó cariñosamente la nuca y la oreja de Roberto. Este lo tomó en sus manos, lo sostuvo por un momento, y luego lo arrojó suavemente al aire.

"Adiós, Negrito, viejo amigo. Te extrañaré", dijo Roberto cuando el cuervo agitó sus alas en el aire. Era la primera vez que había tratado de volar cierta distancia desde que se quebrara el ala. Negrito describió un círculo en el aire y luego, dando un fuerte graznido, desapareció en el bosque.

Pasó el invierno y llegó la primavera. Una mañana en que Roberto estaba dando de comer a las gallinas, oyó un graznido procedente de uno de los postes de la cerca. Al mirar, vio allí a un cuervo que lo estaba observando. El ave inclinó la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro, como si estuviera



tratando de asegurarse de que ése era el mismo muchacho que lo había cuidado cuando él estaba lastimado.

Por fin el ave voló y se posó sobre el hombro de Roberto.

"¡Negrito! -exclamó Roberto procurando no asustarlo-. Así que vuelves a visitarme. Me alegro que te acordaste de hacerlo". Tomando entonces un puñado de la comida de las gallinas, lo puso en alto. Parado sobre el hombro de Roberto el cuervo comió lo que éste le ofreció. Y durante varios días se mantuvo en los alrededores de la casa. Pero de pronto, volvió a desaparecer.

Pero en cuatro primaveras siguientes, Negrito regresó para hacerle una visita a su amigo que lo había curado cuando tanto lo necesitaba. Roberto experimentó una gran satisfacción por esa muestra de gratitud de parte de uno de los animalitos alados del Creador.